

LA CIUDAD DE LAS PERSONAS SANADORAS DE ALMAS

Luis Guillermo Hernández

Luis Guillermo Hernández es periodista egresado de la Universidad Autónoma Metropolitana, con estudios de Maestría en Comunicación por la UNAM.

Desde 1994 su trabajo ha sido difundido en periódicos, revistas, radio, televisión y portales digitales de México y Latinoamérica, en medios como El Universal, Reforma, Grupo Expansión y Grupo Televisa, entre otros.

En 2007 obtuvo el Premio Nacional de Periodismo por la serie de entrevistas “Los niños de la furia” y en 2011 el reconocimiento del Premio Nacional de Periodismo Cultural Fernando Benítez, por la serie de reportajes “La vida después de San Fernando.”

Actualmente es periodista independiente, becario del Conacyt en el posgrado en Comunicación de la UNAM, y cursa una especialización en periodismo literario en la Universidad Autónoma de Barcelona.

Cuando escuchó decir al sacerdote, por la televisión, que muchos juarenses necesitaban ayuda para superar sus crisis nerviosas, su duelo, el temor a las balaceras constantes y sucesivas, Dora Dávila no sospechó que pronto su terapia floral, las “gotitas contra el miedo” en las cuales creía, habría de sumarse a un pelotón de mujeres y hombres decididos que saldrían a sanar almas a la ciudad de la muerte.

Muchos meses llevaba atestiguando un desconsuelo masivo en las calles del antiguo Paso del Norte, sin siquiera tener una expectativa concreta más allá de concluir un curso para realizar tratamientos terapéuticos alternativos, que un grupo de 15 mujeres, proveniente de distintas zonas de la ciudad, había comenzado recientemente en Sabcic, la asociación civil Salud y Bienestar Comunitario, a la que ella se había sumado como directiva poco tiempo antes.

Quizá fueron los 3 mil 111 homicidios de ese año 2010, que rasguñaron un promedio de casi nueve al día en toda la ciudad, o su propio miedo, su pasmo de habitante atrapada en la ciudad más violenta de México. Quizá algo en la voz, en las palabras urgentes del sacerdote Alberto Meléndez, vicario de la modesta parroquia de Santo Toribio de Mogrovejo, que esa noche retumbaron sonoras en un punto de la conciencia de esa mujer:

—Viene mucha, mucha gente a pedirnos ayuda, muchas familias que han perdido un hijo, al esposo... la gente está sufriendo mucho, mucho... nosotros necesitamos ayudarlos.

El sacerdote hablaba por miles de habitantes silenciosos, en una ciudad jolgorio que devino cementerio. Sede internacional de los feminicidios, de la impunidad, de la lucha sin fin entre los cárteles de la droga más sanguinarios del país, el territorio de la viudez como estado civil, cada vez más común, donde el ejército y las fuerzas policiacas federales, que llegaron a significar hasta 12 mil efectivos juntos en una sola temporada, fuertemente armados patrullaban, vigilaban y cernían el miedo a ras de cuello en la única zona que disputaba el título de mayor cementerio del mundo en guerra a la devastada Irak.

Dora, una mujer de cincuenta y tantos, cuya voz de ventisca evoca el tono de ciertas enfermeras consagradas, de manos hábiles como jardinera, ojos ávidos, marrones como el armazón de sus lentes, la boca un trazo tenue, el pelo entrecano, muy lacio, se decidió esa noche a marcar el teléfono y pedir una cita con el cura.

—Tenemos esto, padre, danos chanza de abrir aquí un centro de atención —dijo ella.

En sus manos un frasco diminuto, ámbar, con la síntesis de su propuesta: terapia floral, una esperanza en extracto de 30 mililitros macerada al sol, diluída en alcohol o brandy, serenada pacientemente por días y dispuesta para el alivio de quien sufre de las emociones alteradas.

Dora tenía una corazonada: contaba con 15 pares de manos de mujeres dispuestas a ayudar, capacitadas en ese tipo de tratamiento y con la certeza de que en la esencia de las flores podía encontrarse alguna respuesta.

—Son terapias que concentran la fuerza vibracional de las flores para la sanación emocional —dijo Dora como única explicación al padre Meléndez, quien para el domingo siguiente, después del sermón de mediodía, ya estaba avisando a los asistentes que las mujeres de Sábic iban a ofrecer una plática.

—Apoyo terapéutico —le llamó el clérigo— para todas aquellas personas que tuvieran problemas emocionales y quisieran escuchar.

De la feligresía, unas 30 personas se quedaron en el atrio de la iglesia, un patio amplio, soleado, con un par de árboles que sombrean poquito por la tarde, cuyo arenal contiguo, con apenas verdes, parece fundirse con el amarillo de la torre del campanario, brillante, chillón, justo al centro de la colonia Toribio García, en el norte populoso de la ciudad.

Las mujeres de Sábic les hablaron del poder curativo de las flores, de la energía que guarda la tierra del campo, del poder sintetizador de los rayos del sol, de un camino alternativo para encontrar la paz interna en medio de la guerra y la muerte.

Al mismo tiempo que ofrecían sus remedios, conocían las historias, muy similares, de sus primeras pacientes: mujeres,

jóvenes muchas de ellas, agotadas por recurrentes y sucesivas crisis nerviosas, insomnes, cargadas con duelos no elaborados, con alteraciones de personalidad producto de la violencia desatada. O adolescentes, algunas casi niñas, pero ya viudas y con fuertes problemas de gastritis, de hipertensión, incluso úlceras sangrantes. Y todas, sin excepción alguna, abatidas por huracanes de angustia, enojo o estrés.

—Nos dimos cuenta de que el problema era muy, muy grave. Llegaban mujeres, incluso niños, expuestos a la violencia —recordó Dora cuando hizo un recuento de ese tiempo.

A la que no le habían asesinado al esposo delante de sus hijos pequeños para despojarlo de su camioneta, le habían descuartizado al papá por dedicarse al narcomenudeo. La que no había perdido todo su patrimonio a manos de los financieros del crimen organizado, le habían casi matado al hijo por resistirse a pagar protección. La que no contaba una historia de amenaza, la contaba de violación, de secuestro, de golpes, de balaceras, de asaltos en plena madrugada al pie de su propia cama. Vidas al borde del extremo peligro y la inminencia de la muerte.

Armadas con pequeñas cajitas contenedoras de frascos con goteros, pero principalmente con una gran paciencia y disposición para escuchar historias de vida, unas más terribles que otras, las mujeres de Sabic atendieron, entre el primero y los tres domingos siguientes, a más de 700 vecinas de la colonia Toribio García.

—Eran demasiadas tragedias, demasiado sufrimiento de la gente —recuerda Dora— pensamos que esto podía ayudar, ¿verdad? Aunque fuera un poco, ayudar a sanar toda esa angustia.

Cada sesión, más extenuante, más prolongada e intensa que la anterior, detonaba en los colonos mayores expectativas casi de inmediato: significaba, en muchos de los casos, la única posibilidad de ayuda para miles de personas sin acceso a servicios médicos, a especialistas en la devastación espiritual, moral, anímica, que sacudió a la ciudad.

Si es cierto, como dicen los expertos, que una tragedia puede tocar aproximadamente a 200 personas que de una u otra manera se relacionan con la víctima, en Juárez, que entre 2006 y 2012 presencié el asesinato de casi 10 mil personas, ese universo fácilmente habría alcanzado las dos millones de almas, casi 700 mil más de las que registra el censo poblacional del año 2010. Un cementerio emocional.

Aunado a ello, autoexiliados por el temor a los secuestros o desalentados por la caída de los salarios, producto del éxodo masivo de capitales y el desplome de la economía juarense, muchos médicos y especialistas clínicos, entre ellos la mayoría de los psicólogos, habían terminado por huir a El Paso, en Texas, o a otras ciudades, estadounidenses o mexicanas, donde el ejercicio de su profesión no significaba la muerte segura ni la amenaza constante.

—Nos quedamos sin especialistas. En los hospitales, en las clínicas, privadas o públicas. Y muchos compañeros tuvieron incluso que apoyar en especialidades que no eran las suyas, porque no había capacidad para atender tanta demanda —dijo Leticia Chavarría, una de las cabezas del colectivo Comité Médico Ciudadano, una doctora cuyo rostro, anguloso, bello, recuerda más a esas actrices románticas de los años 50 que a una luchadora social aguerrida, decidida, enojada con el estado de las cosas en la ciudad que la vio nacer.

—Otros colegas se escondieron en consultorios sin anuncios, sin publicidad, para no llamar la atención —dijo— porque a muchos los mataron, incluso por atender a las víctimas. El comité mismo había surgido así, del hartazgo de los médicos ante los asesinatos de sus colegas en las escenas del crimen. De las ejecuciones cuando prestaban su ayuda a los heridos, de tener que pagar cuotas de vida a los sicarios o canjear su vida por la de sus pacientes.

Sin orden, ni garantías, muchos médicos se fueron, cansados de pagar las extorsiones que les exigían con amenazas contra sus vidas y las de sus familias. En apenas un trienio, 2008 a 2011, más del 50 por ciento de los médicos, especialistas y casi la totalidad de los psicólogos profesionales experimentados habían abandonado la ciudad o se habían replegado, y para comienzos de 2012 Juárez tenía sólo un cardiólogo en funciones, ningún oncólogo viviendo de fijo en la ciudad y una marcada sobreoferta de servicios médicos que, aunque abaratados, casi nadie podía pagar.

Por ello, lo que en otros tiempos pudo significar un muro infranqueable, como proponer un tratamiento alternativo considerado superchería, casi reducido a la categoría de placebo por la ciencia formal, terminó por germinar en un terreno ávido, necesitado de cura, como era ciudad Juárez en el momento que Dora y las mujeres de Sabic plantaron en la gente sus flores de Bach.

La necesidad era mayúscula, sin precedentes en una ciudad que no estaba preparada para un desafío emocional de ese tamaño: surgían terapias de toda índole por todos lados, pero ninguna se daba abasto para atender la dimensión de la tragedia. Algunas mujeres improvisaban talleres de sanación

en iglesias o reunían a estudiantes de psicología para abrir centros de atención, la mayoría de las veces gratuita, o talleres de yoga, meditación, terapia zen, de cualquier cosa que significara contención del derrumbe emocional.

Como torrente, la necesidad pronto liberó no sólo la confianza en muchos otros grupos que traían bajo el brazo sus propias alternativas, todas potencialmente útiles para aliviar la aflicción de tantos en medio del desastre, sino que empezó a sumar manos, incluso de aquellas personas que cargaban consigo la pena, la rabia, el odio de haber sido víctimas de la barbarie y estaban dispuestas a hacer algo por recuperar sus vidas.

UNA VERDADERA GUERRILLA DE SANACIÓN

Erika parece una mujer fuerte, de rasgos contundentes, de carácter sólido, que con la mirada domina la cámara ante la cual cuenta su historia.

—Yo venía en cenizas, pensaba en el suicidio... —dice, y sus ojos, negros como plumas de chanate, se clavan en los ojos de quien la mira a través del monitor, como si pudieran atravesar los cristales, vivos. —De ser mamá de tiempo completo, pasé a ser madre y proveedora, a dejar a mis hijos solos la mitad del día. Venía totalmente con la autoestima por el suelo, no tenía la fortaleza, renegaba, no alcanzaba a concebir mi vida sin mi esposo, no lo entendía. Todavía hay días que no lo entiendo —dice.

Sentada en una de las esquinas de su comedor, habla de su experiencia como víctima de la violencia. Recuerda, sin

lágrimas porque ya se le agotaron, un reporte de periódico, fechado en junio de 2010, en el que queda registrado el peor momento de su vida: su esposo, Óscar García, un chofer de tráiler quien durante 10 años cubrió las distintas rutas de Juárez hacia la capital del estado de Chihuahua, una noche es encontrado muerto. Acribillado con tres tiros en el abdomen, la cabeza y el cuello.

—Cuando apareció el cuerpo, yo lo reconocí en el forense. Mis suegros no pudieron, yo lo encontré, yo lo reconocí... imágenes que quizá no se me borren de la cabeza —dice.

Más en busca de ayuda para sí misma que con intención de ayudar a alguien más, tres semanas después de la tragedia, Erika acudió a una de las sesiones de terapia de duelo que las mujeres de Sabic realizaban en la iglesia de Mogrovejo, a la que llegó por recomendación de sus vecinas.

Después de tres visitas, a lo largo de dos meses, Erika sintió cierta mejoría anímica. Ya hablaba más, ya comía. Pudo comenzar el reencuentro emocional con sus hijos, de dos, seis y diez años. Explicarles por qué su padre se fue. Y de qué forma.

Cinco gotas de esencia floral diluidas en medio vaso con agua, cada ocho horas; el peso de los recuerdos frente al espejo, el convencimiento de que, aún sin su compañero, sigue la vida, que puede vivirse aunque distinta. Aferrada al peso de convertirse en el único futuro posible para sus hijos, dice Erika, puede levantarse de su derrumbe con las frases afirmativas, parte de su terapia, que a cada momento debe repetir: “Inseguridad. Hoy fluyo en la vida con fuerza para salir adelante. Tengo fe en que el amor y la bondad habitan en todo lo que encuentro... Impotencia. Confío en mi fuerza y capacidad de decisión. Enfrento los obstáculos y la adversidad con

ardiente coraje, con fiera valentía. Atravieso la oscuridad del mundo con la espada de la verdad”.

—Por eso me decidí a ser terapeuta, porque sentí un alivio que no había sentido hasta ese momento —dice. Al igual que casi todas las mujeres de la ciudad, el fondo de sus ojos es oscuro. Como si el aire de la frontera cubriera de mate el precipicio de todas sus miradas y las cuencas secas de todas sus pupilas.

Toma un curso intensivo, completo, y decide sumarse al grupo de Sabic, que para entonces ya es toda una brigada de mujeres que, como Erika, quieren conocer el método floral, armar talleres de aprendizaje rápido, preparar las esencias.

A partir del reconocimiento de sus propias tragedias, algunas mujeres impulsan la recuperación emocional de las otras, su acompañamiento, la vigilancia de sus estados de ánimo. Igual si son familiares, vecinas, amigas o gente incluso desconocida pero que requiere intervención urgente.

Las jornadas se convierten poco a poco en momentos para compartir experiencias íntimas de sufrimiento y de muerte, para inyectarse vida, para intentar apoyarse una con la otra: el dolor es el mismo, pero se procesa distinto.

Ellas, que en los años 80 atestiguaron la expansión económica de su ciudad, la más densamente ocupada por la industria maquiladora de ese entonces, y que en los 90 vivieron el apogeo laboral y comercial de la ciudad fronteriza más en jauja, hablan del derrumbe pleno, estrepitoso, sin vacilación, que viven.

Mientras hacen recuentos personales, críticos, del resultado del trabajo de autoridades federales, estatales y municipales poco inteligentes e insensibles, incapaces de ha-

cer frente al resquebrajamiento social; mientras se arremangan las mangas para comenzar a sanarse entre ellas a través de sus escencias vertidas en esos frascos color ámbar, las mujeres mezclan la confianza con la necesidad de creer en algo, los rezos católicos con “los siete pasos de la curación: la paz, la esperanza, la alegría, la fe, la seguridad, la sabiduría y el amor”, obligándose a repetir frente al espejo, como quien se habla a sí mismo sin ningún tapujo, la letanía de afirmaciones en que cifran su esperanza.

Cuando no han pasado ni 12 meses desde la primera reunión en Mogrovejo, las mujeres de Sabic ya tienen más de 200 voluntarias en toda la ciudad. Algunas más en otras ciudades del estado.

Convocadas por otras organizaciones civiles, las mujeres de Sabic acuden a sus primeras sesiones públicas en el Jardín Central de la ciudad, hasta donde llegan cientos de mujeres, hombres, niños. Son reuniones que han comenzado meses atrás, en las cuales, como si se tratase de un día de feria, conviven trabajadoras sociales con psicoterapeutas que ofrecen trabajos grupales para el manejo del duelo y las emociones, talleres para narrar tragedias personales, sobre todo con niños y mujeres, y hasta reuniones de catársis para manejar sucesos vivenciales extremos, como las balaceras o las persecuciones a tiro de plomo a plena luz del día.

Ahí, donde están también distintos grupos de tanatólogos, expertos o improvisados por tanta necesidad, que buscan auxiliar a la gente en el acompañamiento de enfermos terminales y en sobrellevar, lo más dignamente posible, las muertes violentas de familiares o personas queridas, ahí por primera vez se instalan las mesitas de trabajo de las terapistas de Sabic.

Se mezclan con los masajistas de todas las tendencias curativas, desde prehispánicas hasta orientales, pasando por reikistas, quienes igual proponen masajes de pies y tobillos, “donde está el reflejo de cada órgano del cuerpo”, que de hombros y cuello, “para liberar la energía negativa y la angustia de quien debe cargar un gran peso sobre sus espaldas”. Sugieren masajes en puntos específicos del cuerpo, de la espalda a la cabeza, las piernas, para equilibrar los chakras, como se denomina a los centros energéticos.

Observan a los acupunturistas, con mapas energéticos corporales que documentaron los antiguos chinos, para regular el flujo de energía y su correspondencia con cada uno de los órganos de los juarences afectados por algún drama personal. Auriculoterapeutas, que lo mismo proponen utilizar balines que granos de trigo, arroz, café incluso, convencidos de que las orejas reflejan una imagen parecida a la de los fetos dentro del útero materno, y por lo tanto funcionan como un espejo de todo el cuerpo humano.

Como la plaza pública tiene espacios amplios, van llegando también jóvenes de los movimientos culturales callejeros, los grafitteros, los dibujantes, que organizan talleres de pintura y dibujo para niños y jóvenes, al mismo tiempo que los chavos del colectivo Pacto por la Cultura, una asociación que plantea alternativas artísticas contra la violencia, presentan recitales al aire libre con guitarristas, flautistas, las gracias de algunos mimos, actores que improvisan ante los presentes mientras pasa la tarde. También escribieron una obra de teatro, crítica a la estrategia de guerra del gobierno federal, que fue actuada por víctimas de la violencia.

Recuperan juntos el espacio público y cada vez con mayor asiduidad lo reconstruyen suyo. Un trabajo nada fácil en una ciudad con miedo: casi 9 de cada 10 juarenses ha dejado de salir de noche por temor a la inseguridad. Casi la mitad de la ciudad deja de asistir al cine y la misma proporción ya no sale a cenar a restaurantes, a tomar la copa con los amigos, para de bailar, según los datos de la Sexta Encuesta Nacional sobre Inseguridad.

Se acaban las caminatas, se acaba el estadio, los noviazgos en el portal, las bancas con amantes, el bullicio. El 88 por ciento de la gente se siente insegura en la calle, en los parques, en las carreteras: se acaba la vida social. Sólo hay miedo y ni siquiera justicia: el 96 por ciento de los delitos quedan impunes. Completamente impunes.

Como explica Verónica Corchado, una de las cabezas visibles del colectivo cultural y artístico que forma parte de las jornadas del Jardín Central: a quienes salieron a sanar almas, con cualquiera de los métodos posibles, los mueve su certeza particular.

—Se puede llegar a ser más fuerte que el dolor.

Y entonces, entre los malabarismos de los saltimbanquis de Pacto por la Cultura y los salmos de sanación de las brigadistas de Sabic, se puede escuchar fácilmente el ssshhiuuuuu agudo, interminable, de los botes de aerosol que manan azules, rojos o verdes hacia las paredes, o las rimas de una canción de trova garantizando “maquiladora sólo recuerdo será algún día/ y la cosecha tu propio fruto/ será algún día/ y a la desaparecida le harán justicia”, o alguna de las muchas frases inmortalizadas por Shakespeare recitada con esas ché silbadas como shé, las coplas de un romancero

gitano, los gritos de niños recuperando su vida, las estrofas de un rap o hip-hop de MC Crimen gritando: “en mi vecindario la muerte ronda a diario/ chicos malos juegan a burlar al comisario/ cuando cái la noche y los perros ladran sin reproche/ los niños ya no piensan en juguetes”.

Juntos, congregados, insultados, dolidos, comparten sus experiencias y tratan de liberarse de sus fardos: “a una mujer la asesinaron delante de sus hijos pequeños para quitarle su camioneta”. Otra “perdió todo su patrimonio, la amenazaron y la despojaron de sus bienes por resistirse a pagar protección”. A “una brigadista de la zona de Villas de Salvárcar le secuestraron al papá una vez, lo retuvieron un tiempo y luego, tras liberarlo, dos meses después lo volvieron a secuestrar, esta vez para quitarle la vida”. A un raperero que “hacía malabares en un cruceiro le metieron 14 balazos”. “Una niña actriz callejera volvió a su casa, después de 30 noches, convertida en cadáver”.

Y ese universo de sufrimiento, de angustia, de muerte, de desasosiego como forma de vida, es el vértice donde convergen todos los activistas. Da lo mismo si terapistas florales, actores o dibujantes. Con apenas recursos, con un mucho de inoperancia o por lo menos indiferencia gubernamental, sin garantías de seguridad, sin espacios disponibles para su actuar, en medio de amenazas, de carencias que les hacen desaparecer o empequeñecer ante los desafíos.

—Cada uno en su trinchera, estamos haciendo trabajo profundo para reconstruir, para revivir —dice Verónica Corchado, quien me habla de mujeres activistas que realizan seguimiento a niños huérfanos, más de 10 mil según las estimaciones extraoficiales. Habla de hombres que crean

talleres de música, de pintura, de baile, que a falta de parques o plazas, se refugian en casas, en patios, donde realizan desde cosas muy espirituales, hasta cosas muy prácticas. Atienden gente, hacen sesiones de meditación, de oración, eventos energéticos por toda la ciudad, “izquierdosos” que les llaman, que organizan concilios de reflexión, de discusión, de proyectos, para saberse vivos.

Ella misma, Verónica, encabeza brigadas que por las calles de Juárez van pintando murales, ofrecen acercamiento a las artes, cercanía con la lectura, para tratar de arrancar a los niños, a los miles de jóvenes sin opciones, de las fáuces de los cárteles de la droga.

—Es un esfuerzo en el que estamos empeñados. No se ve todavía, pero va a notarse muy pronto ¿sí? Gente que trabaja para recomponer el tejido social de nuestra ciudad.

Buscan la sanación de las almas de los vivos y eso los lleva a converger, a crear protocolos de “atención y contención para las víctimas, casos de emergencia, riesgos”, a realizar apoyo comunitario más amplio, más organizado, en centros sociales, en parroquias, en escuelas, en plazas públicas custodiadas por militares, en patios de casas ofrecidas por los mismos colonos.

Se convierten juntos en un ejército que, en casi cuatro años, da tratamiento a más de 10 mil personas, que erige más de 200 murales grandes o pequeños, que hace nacer festivales de canto, de baile. Que forja ciudadanía nueva y constituye lo que Dora, la directora de Sabic, sabe nombrar con tanta precisión:

—Una verdadera guerrilla de sanación.

“VAMOS A SALIR...”

Desde el otro lado del Río Bravo, desde las arterias sanas, sin herrumbres de guerra, que hacen fluir la vida en El Paso, la devastada Juárez es una copia fiel, completamente fiel, de uno de esos murales que los activistas del colectivo Arte, Comunidad, Equidad AC, pintaron en la Plaza del Periodista: en medio de un cielo azuloso, cortado por cerros áridos, sin verdor, surge una ciudad quebrada, de gente sin sonrisas, de hombres y mujeres con rostros desdibujados en trazos rabiosos, toscos, achicharrados por un martirio, como se desdibuja lo que duele, lo que punza, y que sin embargo deja latir, aunque pequeña, una esperanza plasmada en una pequeña flor amarilla con el corazón rojo. Muy rojo.

—Eso intentamos mostrar: que estamos venciendo el miedo, recuperando las calles, organizándonos, pero sin olvidar los agravios —dice Verónica Corchado.

Entre sus calles de comercios vacíos, de plazas enteras desoladas como de pueblo fantasma, de gentíos ausentes y rastros de guerra tiznando las paredes, en Juárez hay un movimiento silencioso, emergente, que busca recuperar la vida después de la sangre, del desierto arenoso de los labios, del trepidar de la carne, del pánico puro y llano. Pero sin olvido.

—Si olvidamos lo ocurrido, estaremos fallándonos como sociedad. Si después de toda esta muerte volvemos a la corrupción, a la violencia, habremos perdido más que en esta guerra —dice Leticia Chavarría, quien fue convocada a sumarse a las mesas de trabajo que fiscalizan los avances del gobierno en materia de seguridad. Para reconstruir el tejido social tiene que hacerse un trabajo muy profundo, muy deli-

cado, que desafortunadamente nuestras autoridades actuales no son capaces de hacer... nos corresponde hacerlo a nosotros y vamos a salir.

Recuerdo una de las historias que me contaron las mujeres de Sabic, y sé que hay mucho de cierto en todo eso:

Una mujer, quizá 25 años, delgada, la piel blanca, el cabello largo y lacio como una seda negra, los ojos ocultos tras unos lentes inmensos, oscuros, se apea de una camioneta de llantas como de tractor. En los brazos, en las orejas, en el cuello, oro. Mucho oro. Que brilla como el destello de un cuchillo filoso cuando se enfrenta de pronto al rayo del sol.

Hace una semana que no puedo dormir... por favor... vengo a que me ayuden —dice.

Para el terrerío de la colonia López Mateos, para los usos y costumbres de una ciudad que aprendió a balazos a identificar a su gente, la mujer encaja perfecto en un estereotipo: de alguna manera, ligada al narco.

Como el procedimiento es siempre el mismo para todos quienes se acercan con las brigadistas de Sabic, una de ellas seguramente le pregunta por sus síntomas.

—No puedo dormir. Estoy angustiada, como si sintiera que en cualquier momento me van a matar.

—¿Trae alguna preocupación especial, algo que la angustie en particular?

—Hace unos días me mataron a mi esposo.

No hay más preguntas. Recostada en la camilla, cuando hay camilla, o sentada en una silla, un banco, la mujer debe despojarse de todos sus objetos metálicos, cerrar los ojos. Debe realizar ejercicios de respiración. Una inhalación profunda, lenta. La retención del aire. La exhalación lenta, sin prisas.

Dos veces, tres. Cinco. Apretar los músculos del cuerpo, soltarlos junto con el aire que exhala. Apretar, soltar. Inhalar, exhalar.

Sin ser tocada, debe sentir la vibración energética. El flujo de su calor hacia el calor de la brigadista. La terapia reiki. La sensación de que la música, un silbido tenue, como lejano, va impregnando de sosiego el estómago convulsionado. Revuelto de miedo.

—No piense en nada. Sienta su cuerpo, su espalda, su cabeza. Aquí. Ahora. Hable con él. Dígale qué siente.

Como son terapias de catarsis la brigadista intenta que la mujer se conecte con su dolor, con todo su espanto. Porque la tendencia de la gente es no tocar el dolor, no rascarse donde les duele. Evadir. Pero las emociones suelen acumularse. Estallar.

Y entonces, esa mujer siente cómo aminora el chasquido de la mandíbula, el sonido de los dientes al rechinar. Quizá el estremecimiento que refieren algunas, que como una gota helada resbala por los poros de la espalda, del cuello. Quizá el precipicio que se abre en la boca del estómago, a punto del vómito. Ese respirar el miedo de su adrenalina, ese soltar los brazos abandonados al temblor. El desierto arenoso de los labios. Estremecimiento. Pánico puro y llano. El esposo muerto, la sangre, seguramente las balas destrozándole medio cuerpo, o el cuerpo completo. El derrumbe de su hogar hecho cachitos igual que el cuerpo de su hijo, de su padre. El aullido, el dolor. El maldito dolor. El futuro sin fin.

Sólo al final, cuando la terapeuta le pregunta si está en condiciones de aportar un donativo, la mujer enojada le contesta:

—No. No tengo un peso. Mataron a mi esposo y yo me quedé en la calle. No tengo trabajo. No tengo para darle de

comer a mis hijos. Tengo la troca, pero la estoy vendiendo. Tengo esta cadena, si la aceptan...

—No. Está bien —dice la brigadista.

—Es que quiero traer a mis hijos también.

—Tráigalos. No se preocupe. Y cuando tenga oportunidad, regrese a continuar su terapia.

Y entonces llega el “gracias” más profundo que puedan escuchar. Como una flor. Ése que en las colonias de la periferia de Juárez, en esos centros de riqueza efímera que ha creado el crimen, donde la violencia es la principal actividad, no es inusual. El del mundo roto por el narcotráfico, donde la troca y las cadenas, incluso la ropa, son apenas el último sustento de toda una familia. Porque muerto el narco, se acabó la lana.

Como escribe Viktor Frankl, el psicoterapeuta austríaco sobreviviente del Holocausto en la Segunda Guerra Mundial: es una urdimbre de recuerdos íntimos, de pequeños motivos internos, lo que al final hace que un ser humano despojado de todo, hasta de su dignidad, logre aceptar que la vida es digna y peleé por vivirla.

Al perderlo todo, al padecer los extremos del hambre, el frío y la brutalidad que sólo un ser humano es capaz de infligir a otro, es la intensificación de lo verdaderamente importante en la vida, es un breve atisbo de amor, el motor insustituible que empuja a sobrevivir.

Me queda claro cuando recorro la ciudad por última vez, cuando contemplo esas calles casi sin verdes, de grueso salitre, delante de los escombros de la Plaza de las Américas, cuando escucho de nuevo el estallido de las vidas rotas: la supervivencia es posible como una flor en este desierto.

—Por eso la sanación tenía que comenzar por las flores —pienso— precisamente por las flores, representadas en las gotas de las mujeres de Sabic o los murales de los chavos del Pacto por la Cultura. Por los versos de los poetas locales o las canciones que tararean su furia: flores. Botones de vida renovada. Que gritan que esta tierra está viva, que está lista para ser fértil nuevamente, después de que ha sido arrasada por el fuego.